

PRÓLOGO A

Estado y Conciencia en la Sociedad de Clases

(Un libro inédito de Eloy Terrón, de 2002)

Estado y Conciencia en la Sociedad de Clases es el título provisional¹ del último libro de Eloy Terrón. Inédito, al fallecer su autor cuando lo estaba preparando,² ve ahora la luz, casi diez años después, en esta Biblioteca Eloy Terrón.³

Aunque los textos reunidos por el autor datan de distintas fechas, casi todos se basan en el trabajo relacionado con la preparación de su tesis doctoral (información bibliográfica, lecturas, reflexión sistemática, conclusiones teóricas, etc.⁴) sobre la importación del krausismo a España (1958),⁵ los artículos elaborados para la *Enciclopedia de la Cultura Española*,⁶ sus ensayos sobre Universidad y Sociedad en España,⁷ y la preparación de la antología *Textos Escogidos de Sanz del Río*,⁸ todo ello en los años 50 y 60.

Por lo demás, con este prólogo se intenta resaltar de algún modo la unidad temática, la vertebración lógica y la coherencia teórica de sus diversos capítulos, apéndices incluidos, como estímulo para la lectura del libro y orientación para el lector.

¹ Hay otros dos, *Historia y Política*, e *Historia e Ideología Política*, que parecen previos.

² Sus colaboradoras Susana Martín y Pilar Díez, y su hijo Pablo, que le animaron a publicarlo, prepararon el primer mecanoscrito, y Rogelio Blanco hizo las primeras gestiones con la Editorial Homo Sapiens, de Astorga, y con el Ayuntamiento de Fabero del Bierzo (León).

³ Aunque hay dos índices provisionales del libro, esta edición se atiene al que parece posterior y, por tanto, más maduro, que además es también el más completo. No obstante, también se incluyen otros dos textos, que no figuran en ninguno de esos dos índices, con el fin de cubrir un doble vacío: el del desarrollo capitalista de los años 50 a 70, con el artículo «La ideología de la “clase media” y el régimen de Franco»; y el de la integración de nuestro país en el capitalismo “avanzado” de nuestro tiempo, con el ensayo «El dominio ideológico capitalista sobre las masas y la crisis de la izquierda».

⁴ El primer trabajo de Eloy Terrón fue la búsqueda y la sistematización de la información más significativa. De hecho, en su archivo personal, además de varios miles de fichas bibliográficas, obran tres cuadernos manuscritos, de 1953-55: uno, de formato grande, con un doble título {*Bibliografía para la tesis y para la Historia del desarrollo del PENSAMIENTO (sic) en España* (en la portada), y *Los krausistas. Historia del pensamiento español contemporáneo (sic)* (en la contraportada)}, con un total de 500 referencias aproximadamente, muchas de ellas con las claves de la biblioteca del Ateneo de Madrid y de la Biblioteca Nacional, donde debió consultarlas; y dos, pequeños, uno con la bibliografía general (unos 100 títulos), y otro con citas, notas y referencias bibliográficas.

⁵ Se publicó en 1969 con el título *Sociedad e Ideología en la España Contemporánea*.

⁶ Fue responsable de la sección de sociología de esa obra magna, en la que publicó un total de 44 artículos, aparte de dejar otros mecanoscritos, que quedaron inéditos por razones editoriales.

⁷ Todos los textos impresos y los manuscritos localizados se incluyeron en el libro *Escritos de Sociología del Sistema Educativo Español, de Eloy Terrón*, publicado ya en esta Biblioteca Eloy Terrón (véanse su primera sección, «Sociología de la Universidad y de la Investigación Docente» y el primer apéndice, «Guiones de Cursos y Conferencias sobre “Universidad y Sociedad”»).

⁸ Véase al respecto el libro *Escritos sobre Estructura Social y Conciencia Nacional (1957-1969)*, incluido también en esta misma Biblioteca Eloy Terrón.

El libro se abre con unas «Palabras Previas», a modo de hilo teórico conductor, con un mensaje central. A saber: la importancia de la historia genuina, entendida como ciencia de una sociedad, en tanto que introducción a la ciencia de la política y como guía teórica imprescindible para todo auténtico partido de izquierdas.

«La historia genuina como ciencia de una sociedad es a la vez la introducción a la ciencia política. Por eso ha sido siempre el conocimiento dominante de la clase dirigente de un país; y por esa misma razón debe constituir la base de un partido de izquierdas, porque todo ser humano que nace en una sociedad tiene derecho a que le sea facilitado un conocimiento objetivo de la realidad. (...). La política es, en primer lugar, ciencia, porque es el contenido del conocimiento más importante, más riguroso, del hombre y de la historia humana. Como decía Marx, “el estado es la forma de relación entre los hombres”. La política es, por tanto, la ciencia que nos permite esclarecer nuestras relaciones; por eso su conocimiento es fundamental. Y es en este contexto en el que se entiende que, actualmente, la historia sea la ciencia de la política, la ciencia básica de las sociedades avanzadas.»

Supuesto esto, el estudio del *Estado y Conciencia en la Sociedad de Clases* se inicia con la interpretación de las «Bases sociales y políticas del Barroco», mediante un apunte sugestivo del Estado y la conciencia colectiva en la España de los Austrias. Esto es: un Estado cortesano-absolutista, como fórmula política eficaz para la superación de la crisis del feudalismo clásico, al garantizar la reproducción de la nobleza feudal como clase dominante, en beneficio del conjunto de las clases privilegiadas (nobleza, alta burocracia civil y eclesiástica y oligarquía urbana); y la legitimación de ese mismo Estado mediante la exaltación del poder absoluto del Rey por los legistas, como nuevos expertos en la administración, el derecho, la ideología y la retórica, y echando mano de las artes y la literatura a una escala histórica sin precedentes, en tanto que recursos técnicos de la persuasión y la propaganda para crear determinados estados de conciencia.

«La exaltación, la glorificación, la apoteosis y la retórica ampulosa y llena de esplendor es la esencia del Barroco, y, a la vez, el recurso y el contenido del proyecto político antifeudal de los legistas. Éste tenía como finalidad la exaltación a lo absoluto del poder real: dotar al Rey de un poder irresistible e incluso extramundano, pues, cuanto mayor fuese el desequilibrio social, más necesario se haría un poder fuerte y eficaz para reprimir a los campesinos vasallos. Pero acabó por beneficiar a toda la clase dominante: la nobleza, los funcionarios y los corregidores impuestos a villas y ciudades.»

Ese tipo de conciencia social contrasta de modo bien claro con la continuidad y los nuevos desarrollos de «El espíritu burgués», de origen medieval, en los países de Europa occidental más avanzados de la época. Porque el espíritu burgués surgió, en efecto, en los campos y en las ciudades medievales más dinámicos del occidente de Europa, como producto de la

mejora de la pasión por el trabajo, característica del siervo,⁹ por parte de los artesanos, y del impulso de la racionalidad, por parte de los comerciantes. Pero, tras eso, en la modernidad, no sólo estimuló el individualismo moderno, sino también la innovación técnica, la ciencia experimental y la especulación filosófica, la expansión comercial y exploradora, y la creación de riqueza, características de las revoluciones burguesas, hasta que se vio bloqueado al imponerse el capitalismo con el afán de lucro como único motor.

«Con todo, el papel histórico del espíritu burgués fue extraordinario. Dio origen al individualismo moderno, al primado del individuo en la búsqueda de su propia felicidad. Reconcilió al hombre con la naturaleza a través de la entrega al trabajo y el amor a las cosas bien hechas, impulsando así la innovación técnica y dando lugar a la ciencia experimental. Fomentó la expansión comercial y exploradora, como base, en parte, del conocimiento especulativo (*¡Sapere aude!*), manifiesto en los grandes sistemas del conocimiento humano, como la Teoría de la Evolución y la Teoría de la Relatividad. Y, sobre todo, constituyó la palanca más poderosa para la creación de riqueza.»

Ahora bien, mientras en los países occidentales más avanzados se afianzaban el Estado y la forma de conciencia capitalistas, en nuestro país las reformas liberales de los dos primeros tercios del siglo XIX llevaron a la «Formación, desarrollo y crisis del sistema terrateniente», bloqueando la hegemonía del capitalismo hasta los últimos años 60.

A finales del siglo XVIII y principios del XIX, el liberalismo refuerza el impulso desamortizador del reformismo ilustrado, y culmina en las Cortes de Cádiz con el proyecto de ley de reincorporación de los señoríos jurisdiccionales a la Corona, como clave principal del proyecto liberal de modernización de la sociedad española. Esto en teoría, porque en la práctica se impuso el cambio puramente jurídico de la propiedad amayorazgada y la reducción de las diversas fórmulas de la propiedad feudal en general a la propiedad burguesa, absoluta, en beneficio de la nobleza feudal y de los compradores de bienes desamortizados, y en perjuicio de la Iglesia y los campesinos pobres.

«Las reformas liberales se hicieron a costa de dos víctimas; la Iglesia, que perdió la mayor parte de sus propiedades, pero se hizo pagar muy caro tal despojo (aún está sin estudiar el daño que causaron a la sociedad española la serie de guerras civiles, en las que la Iglesia jugó un papel preminente, o casi dirigente); y los campesinos pobres, los eternos explotados. Primero, durante siglos, por los señores feudales (una parte de ellos era la Iglesia); y, luego, por los nuevos amos, que intensificaron su explotación en nombre de la libertad y de la racionalización de la renta liberal; y esto, sin contar con que fueron ellos también los que dieron sus vidas -su sangre- y quienes recibieron los palos en ambos bandos de las guerras civiles. Pero los campesinos del siglo pasado no escribían libros ni artículos en la prensa, ni peroraban en el Congreso; sufrían en silencio la nueva explotación y morían sin elevar la más firme protesta.»

La sustitución de los arrendamientos largos por los arrendamientos cortos y la reconversión forzosa de los campesinos colonos en arrendatarios y en jornaleros en paro estacional vinieron así a romper el equilibrio secular entre

⁹ De hecho, Eloy Terrón basa su interpretación en su propia experiencia personal como campesino y vecino de una aldea agraria de subsistencia (Fabero del Bierzo), un tipo de medio humano que persistió en nuestro país hasta los últimos años 60.

población y subsistencias. De modo que aquí no hubo “revolución burguesa” sino reformas liberales, con centro en la sustitución de la concepción medieval de la propiedad por la liberal o burguesa. De hecho, la mentalidad rentista persistió en las dos fracciones de la nueva clase dominante -la clase terrateniente-, la vieja nobleza feudal y los comerciantes, altos profesionales y demás compradores de tierras y bienes desamortizados; por lo que, tanto para la una como para los otros, la propiedad de la tierra continuó representando, ante todo, el derecho a una renta y el prestigio social.

El nuevo Estado terrateniente se desarrolló sobre esa base previa en las tres primeras décadas de la Restauración, con un claro contraste entre el carácter ambiguo y formal de la constitución y las libertades constitucionales, de un lado, y la dominación política de facto de los grandes de España, en razón de su gran riqueza territorial y de su monopolio del *entourage* de la Corona, del otro. Hubo, pues, desde un principio, una doble línea de poder, militar y política, que garantizó la hegemonía de la nueva clase dominante, por lo que ésta pudo obstaculizar sin mayores problemas el desarrollo del capitalismo mediante el control de la política arancelaria con el fin de mantener alto el precio del trigo, y, por tanto, también la renta de la tierra, a costa de la plusvalía del capital productivo industrial.

No obstante, el precio a pagar fue bien caro. A saber: la crisis del sistema terrateniente en su conjunto, desde los primeros años del nuevo siglo. El estancamiento social, la presión demográfica creciente y el desaliento creciente del campesinado encontraron de algún modo su expresión en la incertidumbre y el pesimismo de los intelectuales de la época; y la impotencia política creciente de la clase dominante impulsó la reorientación de su sector más reaccionario en busca de apoyos en la Corona, la Iglesia y el Ejército. Esto, en un primer momento. Porque, tras la extinción del pesimismo entre los jornaleros del campo a raíz del Octubre soviético y el ascenso de los proyectos de reforma agraria, fue la línea militarista del poder la que se impuso.

Por lo demás, el estudio de «Las reformas liberales y la vía al estancamiento» se completa con el del «Desarrollo histórico y la conciencia social», para

«demostrar hasta qué punto los hechos históricos, políticos y socioculturales, “interpretados” por los intelectuales de la clase dominante, determinan la conciencia social y, a través de ella, la actividad intelectual y el comportamiento de los individuos».

.....

«Una nación -o, como se dice ahora, un Estado, cuyos habitantes llevan a cabo una serie de actividades más o menos interrelacionadas- tiende a formarse una conciencia de sí misma, una conciencia colectiva. Dentro de una amplia gama de posibilidades, esa conciencia está formada por la acumulación de creencias que satisfacen el sentimiento de comunidad de los individuos, les enorgullecen o halagan su vanidad de pertenecer a un grupo o sociedad diferenciados, distinguidos, poderosos, etc.»

«Durante siglos esta conciencia colectiva fue privativa y exclusiva de la clase que detentaba el poder o de quienes estaban estrechamente ligados a ella, como el clero y la clase media, formada por altos funcionarios y profesionales.

Durante largos períodos, clérigos y burócratas leguleyos fueron los creadores y los depositarios de la conciencia colectiva, si bien el conjunto de creencias de la clase dominante sólo llegaba a las masas campesinas -y artesanas- en la medida en que el clero hacía uso de ellas desde el púlpito para encandilarlas o aterrorizarlas.»

«Habitualmente, las masas campesinas vivían al margen de la conciencia colectiva de la clase dominante, abandonadas y entregadas a su concepción primaria del mundo -de su mundo-, generada por la actividad productiva, y que formaba parte de la milenaria tradición popular no escrita. Esa fue la situación característica y definidora de las masas campesinas que, entregadas a una economía de subsistencia, vivían sometidas pero no integradas en la sociedad española, porque ésta, salvo el púlpito, no tenía medios para obrar sobre ellas.»

El primer intento de creación de una conciencia nacional, frente a la hegemonía política e ideológica frailuna tradicional, fue el de la ilustración borbónica; y lo posibilitó la coincidencia entre los propósitos particulares de una parte de la nobleza y los intereses generales del país. Luego, la Revolución Francesa y la invasión napoleónica ensancharon de modo notorio el proceso de difusión de la conciencia social. Pero, al mismo tiempo, llevaron a la escisión de la conciencia colectiva en tres grandes corrientes de pensamiento. A saber: la ultramontana y frailuna, de los sectores más reaccionarios del clero regular y del secular; la antifeudal, de los reformistas moderados y antirrevolucionarios, como Jovellanos; y la democrático-radical, más genuinamente nacional y simpatizante con la revolución, representada por los primeros escritos de Alvaro Flórez Estrada.

Sobre esa base ideológica previa, las contradicciones políticas y económicas de 1814-1840 incidieron de modo dialéctico sobre las contradicciones de la conciencia colectiva, con centro en la modificación jurídica de la propiedad, como clave de las reformas liberales. El integrismo ultramontano, de base rural, se radicalizó de modo extremo, hasta desembocar en la guerra civil, con el carlismo. El reformismo liberal antifeudal, rentista y urbano, se impuso en la práctica, en beneficio de la vieja nobleza y de los compradores de tierras y demás bienes desamortizados en general. Y el reformismo democrático-radical, utópico y medievalizante, que hundía sus raíces en la tradición clandestina de la conciencia colectiva, tuvo nuevos desarrollos.

Luego, una vez asentado el nuevo sistema terrateniente con la Restauración, la nueva clase dominante inició un acercamiento a la Iglesia y alentó la derechización del ejército. Esto, que comenzó ya con el primer gobierno de Cánovas, se acentuó de forma creciente con la crisis del sistema terrateniente desde la primera década del siglo XX. De modo que los auxiliares teóricos de la clase dominante trataron de conjurarla mediante el desarrollo de la visión de la historia que le era más favorable; y así se fue, desde la fascinación inicial por el pasado imperial -que tendería, por cierto, a hacerse general-, a la exaltación de las más oscuras fantasías medievales, tras el triunfo en la Guerra Civil de la clase terrateniente.

No obstante, aunque extremo, ese tipo de sectarismo historiográfico no era nada nuevo. El estudio de «La revolución liberal de 1820», por ejemplo, se

había hecho antes desde la perspectiva del formalismo abstracto de la historiografía liberal (y reaccionaria) de las décadas inmediatamente siguientes; y la supuesta imparcialidad -estéril y anticientífica- de la historiografía oficial, desde 1840 en adelante, estuvo lastrada por el *conciliacionismo* entre las dos fracciones de la nueva clase terrateniente, la vieja nobleza y la burguesía compradora de tierras.

«Toda la historiografía posterior a 1840 ha de ser considerada bajo este condicionamiento básico antes de ser utilizada científicamente para comprender los tres grandes períodos de nuestra revolución burguesa en la primera mitad del siglo XIX: la Guerra de Independencia y la Revolución de 1808-1814, el Trienio Liberal de 1820-1823 y la Guerra Civil de 1833-1840.»

«Quienquiera que vaya a consultar los documentos de la época, de uno de esos tres momentos, se encontrará con una luz completamente nueva para apreciar los hechos. Los periódicos, las proclamas, los folletos, la inmensa riqueza de los Diarios de Sesiones de las Cortes, donde se discutían cuestiones fundamentales que se quedaban, naturalmente, en el papel pero que los hombres venidos de cualquier punto de España enfocaban con lucidez y seria honestidad, todo esto, nos ofrece una imagen de nuestro pueblo absolutamente nueva; una imagen que nos hace comprender y amar, que nos obliga a reconciliarnos con nuestro pasado, porque vemos con qué honradez y desprendimiento luchaban. Nos hace ver que nuestro pueblo se quedó un poco al margen de la historia pero después de una dura lucha: después de haber derrochado mucho heroísmo y mucha sangre.»

La confusión de la conquista del poder con la revolución por los liberales (y esto, tanto en 1820 como en 1868 y en 1931), bien aprovechada por cierto por los reaccionarios, determinó la inestabilidad crónica del régimen político representativo. Y, en el caso concreto de la “revolución” de 1820, puede ilustrarse con las limitaciones más características de la misma. A saber:

- Respeto de la Corona y de las instituciones absolutistas, por temor a la corriente popular y verdaderamente revolucionaria, única capaz de levantar las barreras necesarias para detener la contrarrevolución (*fetichismo monárquico*).
- Incongruencia gubernamental e inconsecuencia revolucionaria, por la reducción de facto de “la revolución” al cambio de equipo gubernamental, justificándola con el espantajo de la anarquía de los *exaltados*.
- Exceso e inobservancia de las leyes (*éxtasis legalista*), y caos y bancarrota de la administración, en razón de la carencia del sentimiento de clase y de la incomprensión de los problemas reales del país por los políticos y los intelectuales liberales, de la labor de zapa de la oligarquía provincial y local, y de la insatisfacción del “hambre de tierras” secular del campesinado pobre, único sostén potencial real de la revolución liberal.
- Origen de clase privilegiado e involución anticonstitucional de la mayor parte de los mandos militares, puesto ya en evidencia por su actitud pasiva ante el avance del ejército de la Santa Alianza.

- Distanciamiento popular consiguiente de la Constitución y las instituciones liberales, e ignorancia de las causas del mismo por la élite política e ideológica liberal.

Además, todo lo anterior puede completarse con el esclarecimiento de la sociedad española de 1814-1844 a la luz de su origen sociohistórico, en el «Estudio Preliminar» del libro *Textos Escogidos de Sanz del Río*, que se centra en la significación de su personalidad, sus ideas y su obra educativa para la historia de nuestra cultura.

Por de pronto, Eloy Terrón vuelve a insistir en la necesidad de superar las limitaciones de la historiografía positivista valiéndose de la imaginación teórica.

«El esquema que voy a elaborar aquí de la evolución de la sociedad española no es el resultado final del trabajo científico de un historiador; se trata simplemente de una hipótesis fingida para ayudarme a entender la sociedad española del siglo XIX. Comprendo que a muchos científicos les repugne esta forma de trabajar y que la consideren poco correcta, pero yo no siento que esté en contradicción con el desarrollo de la ciencia. Actualmente existe demasiado terror a equivocarse; hasta cierto punto, esta actitud lleva a pensar que se parecen demasiado el terror a equivocarse y el terror a teorizar. En todo caso, es bien sabido que en sana dialéctica el error es un camino que avanza dando un rodeo hacia la verdad, al menos cuando el error queda al descubierto.»

El entramado básico de la “sociedad castellana clásica” sería un nuevo orden feudal que se habría constituido sobre nuevos fundamentos económicos, sociales, políticos e ideológicos a partir de la sanción legal de la institución del mayorazgo, de la derrota de los comunes y del ascenso de Iglesia y la oligarquía local, coincidiendo con el advenimiento al trono de los reinos españoles de un monarca extranjero educado e influido por las tradiciones feudales. El ascenso de ese nuevo orden feudal prosigue luego hasta la formación de un partido nobiliar antieclesiástico y favorable a los Borbones, al final del reinado de Carlos II. En las décadas centrales del siglo XVIII los ilustrados impulsan la formación de un Estado y una conciencia nacional -en oposición al Estado, el foralismo, la ideología neofeudal y la Iglesia ultramontana- aprovechando las ventajas de la reactivación agraria de esa época. Pero, tras el fracaso de la reforma agraria de los ilustrados, la “revolución liberal” -alentada por la difusión del sentimiento de la propiedad individual de libre disposición, ya con Carlos III, y muy condicionada por el imperio de los intereses materiales- se limita, de hecho, a los cambios en la cúpula del poder y a la transformación jurídica de la propiedad, garantizando en la práctica la persistencia del neofeudalismo y el absolutismo, de facto.

Con todo, los graves trastornos sociales y políticos de la época inciden sobre la minoría crítica y la llevan a abrirse a las ideologías de los países europeos más avanzados, ya entre 1814 y 1840; y, al finalizar la guerra civil, se constituye una Universidad propiamente española, en claro contraste con la Universidad ultramontana tradicional, de teólogos y canonistas. A partir de ahí, los nuevos cambios sociales, la quiebra de los factores tradicionales de la organización y el control político y las exigencias populares de administración y orden, alientan el protagonismo político, la asimilación de las nuevas ideologías

europas y la pasión propagandística y pedagógica de una intelectualidad, minoritaria, cuyas posiciones ideológicas van desde el eclecticismo y el doctrinarismo de los moderados y los progresistas al radicalismo de las dos facciones -democrática y socialista utópica- que conviven dentro del nuevo partido democrático.

En cuanto a Julián Sanz del Río, en concreto, su personalidad se define por el amor al trabajo y una moralidad kantiana, como resultado de la influencia organizada del medio familiar, eclesiástico y universitario, en el contexto social, político e ideológico de esa época. Al integrarse en los círculos progresistas de la capital de España en los primeros años 40, constata los problemas que preocupan a la burguesía. Viaja entonces para estudiar las enseñanzas de la filosofía en las universidades extranjeras, por encargo del ministro de Fomento. Una vez de vuelta en España, dedica unos años a la relaboración de la filosofía de Krause para adaptarla a las necesidades del país. Y, a partir de ahí, ejerce el magisterio filosófico y científico sobre las personas interesadas por la alta cultura y su crítica, inculcándoles la pasión por la reconstrucción nacional mediante la apertura intelectual, la crítica científica y una moralidad ejemplar.

Tras esto, la «Carta a Carmen Busmayor sobre la guerra civil», de hondas resonancias biográficas, vuelve a incidir sobre la crisis del sistema terrateniente, hasta situarnos ya en plena dictadura franquista.

«Como no puedo reprimir mi *odio* a la Guerra Civil, y en especial a los que la desencadenaron, y como he pensado tanto sobre ello, me ha resultado fácil llegar a una conclusión: la Guerra Civil fue meticulosa y concienzudamente planeada por los representantes más conspicuos de la clase hegemónica en España, la *clase terrateniente*; y lo hicieron en defensa de *su monopolio* exclusivo, la posesión de la tierra, y de su fuente de ingresos, la renta de la tierra, que era, además, el mecanismo del que se valían para amansar a la mayoría de la población trabajadora, porque, no habiendo industria, la tierra era el único medio fundamental de producción que conocían millones de españoles.»

La Restauración -ya se ha dicho- fue la época *clásica* del doble poder de la clase terrateniente, civil y militar. Pero, al ser las rentas de la tierra la resultante de un complejo social de equilibrios, su inestabilidad tendió a crecer desde los primeros años del siglo XX al encadenarse una serie de factores. La contradicción entre la mayoría de la sociedad y la clase terrateniente y sus aliados de la derecha y la ultraderecha fue agravándose de modo creciente. Pero, al final (y sobre todo tras el intento revolucionario de los mineros asturianos en 1934), la intensificación de la conflictividad social llevó a la burguesía industrial y al conjunto de la derecha en general a reagruparse en torno a la clase terrateniente, que alentó a los militares que venían planificando la guerra civil, coincidiendo con la toma de conciencia popular y el aislamiento del ejército profesional. La rebelión del ejército africanista desencadenó la guerra civil, con el respaldo neocatólico de la Iglesia. Y, tras su victoria, los vencedores se hicieron con el poder a modo de “botín de guerra”, acaparándolo durante casi cuatro largos decenios.

«Poesía y sociedad», con el subtítulo «De cómo el poeta asume una concepción del mundo y de la vida que se manifiesta en su poesía»-, es un escrito inacabado, en el que se evidencian las vivencias de su autor como miembro del grupo impulsor de la revista poética *Espadaña* (1944) y vecino de la ciudad de León, desde 1943.

«El poeta verdadero -el arte genuino- tiene por tema al hombre y nada más que al hombre».

.....
«En 1940,..., León era lo que podía decirse una ciudad levítica, ultrarreaccionaria,... Después de una primera fase de terror en apariencia sin control, se impone el terror organizado, metódico y justificado, terror frío y calculado; pero en esa otra etapa, que iba a durar muchos años, el terror iba respaldado por diversas formas de apoyo al mismo: la opresión social, la opresión educativa y la opresión espiritual religiosa».

Esa misma experiencia personal alimenta el contraste entre el análisis de los flujos de información que incidían sobre los individuos en la España de los años 40 y los que vienen haciéndolo sobre todos nosotros desde 1970. Esto, a título introductorio, y para resaltar la configuración de la personalidad de todo individuo por sus relaciones personales significativas, así como la importancia del diálogo como forma básica de la comunicación y la de sus contenidos como clave de la eficacia del mismo.

Pero el núcleo de «Poesía y Sociedad» vuelve a ser el examen de la sociedad española, aunque concretado ahora en una ciudad provinciana, León. Antes de la guerra civil, con el apunte de su estructura social y de las actitudes distintas y contradictorias de sus diversas clases sociales. Y, tras el final de aquella, para resaltar un triple aspecto fundamental: el imperio en la época del terror físico y espiritual, como método de dominación; la transición del terror paramilitar, en apariencia sin control, al terror organizado, metódico y frío de falangistas y eclesiásticos; y el papel de la Iglesia, como dirigente del “Nuevo Estado” mediante la organización de la adhesión pública al mismo, la educación y la dirección espiritual de los individuos.

Así se explica también, por cierto, la estrecha correspondencia general entre «La ideología de la “clase media” y el régimen de Franco».

«Puede afirmarse sin temor que la clase media ha sido la base de masas del Régimen del General Franco, tanto en la guerra civil como durante los 36 años y medio que duró el Régimen, desde la victoria hasta la muerte del Caudillo. Éste fue muy consciente de la conveniencia, más aún, de la necesidad de atraerse a la clase media. No sólo se dirigió a ella en numerosas ocasiones; como en el primer manifiesto al comenzar la guerra civil, donde dice -cito de memoria- que el Movimiento no viene a favorecer a una clase; o en su primera arenga pública, desde el balcón de la Capitanía General de Burgos, al ser encumbrado en la jefatura del Estado (“Venimos para el quehacer del pueblo, venimos para los humildes, para la clase media; no para los capitalistas”); etcétera. Además, en todos sus discursos (al menos durante los primeros veinte años) subsume los “fines temporales” -políticos, educativos e incluso los económicos- bajo el mejor servicio de Dios: dada la ambigüedad ideológica de la clase media, toda transmutación de los “fines temporales” en objetivos religiosos o simplemente espirituales le es muy grata y la fascina.»

Ahora bien, las bases sociales, políticas e ideológicas de la posición histórica privilegiada de la clase media en la jerarquía del poder y de la posición social se resquebrajan al desarrollarse el capitalismo en los años 50 y 60, mientras se impone, en cambio, la centralidad de la clase empresarial y la clase obrera. De modo que la defensa a ultranza, abstracta y retórica, de la religión y de la patria, por parte de la clase media, no es sino la manifestación ideológica de su desaparición como guardiana de las diferencias de clase; y el subjetivismo, la aversión a la política y la incapacidad para la crítica, de sus miembros, consecuencia de la carencia de intereses comunes y de solidaridad de la misma. Lo que, por cierto, viene a explicar también su transformación final, al dejar de ser la base de masas del régimen franquista y fracturarse, generacionalmente, entre desafectos y partidarios de la democracia burguesa.

Además, esto último coincide, en el tiempo con «El dominio ideológico capitalista y la crisis de la izquierda», como consecuencia de la supeditación del capitalismo español al gran capital extranjero. De ahí la centralización empresarial, la fragmentación mercantil de las masas y el bloqueo de su “conciencia espontánea” por los medios de “desinformación de masas” en el presente, en claro contraste con la situación de la clase obrera antes de 1936, cuando la autonomía social, política e ideológica de ésta contrarrestaba su fragmentación objetiva.

La cultura capitalista de nuestro tiempo se vale de la innovación técnica para configurar los gustos, los sentimientos y las esperanzas de las masas trabajadoras, al abaratar el trabajo asalariado y potenciar la “inquietud adquisitiva” (fragmentando a los trabajadores y encadenándolos a las mercancías mediante la publicidad y la “venta a plazos”). Lo que se completa, además, con la reorientación formal y utilitaria de la educación (en coherencia con la disminución de las condiciones intelectuales y morales de la población) y con la configuración de los nuevos gustos por los medios de comunicación de masas.

En el campo de la conciencia colectiva, el principal resultado de todo esto es la generalización del “analfabetismo funcional” y la desorganización de la mente del individuo, un proceso acelerado, en nuestro caso, por el rechazo previo de la prensa y la literatura franquista por la clase trabajadora. El capitalismo domina hoy a las masas encandilándolas con la oferta ingente de mercancías, el mito de la riqueza y el poder y una libertad abstracta. A lo que hay que añadir la creación de tensiones y miedos (a la inseguridad y el paro o la quiebra, las drogas, el terrorismo y la guerra atómica), la generalización del amoralismo, el aislamiento del individuo, el embrutecimiento general y la crisis crónica del sistema capitalista como un todo.

En estas condiciones, toda política genuinamente transformadora tiene que partir de la situación real de las masas, esclareciéndola a la luz de la teoría científica y difundiendo las conclusiones que se vayan alcanzando en un lenguaje inteligible por el trabajador y hombre común, al mismo tiempo que se fomenta la lectura. Por lo demás, en la etapa actual de la mundialización urge la construcción de una nueva economía, solidaria y sostenible, como alternativa a la autodestrucción capitalista del hombre; y hay que hacerlo a partir del estudio en profundidad de cada concreto.

De hecho, el propio autor ensaya un primer apunte al respecto, en su segunda «Carta a Carmen Busmayor», a propósito del presente y el futuro de su pueblo natal, Fabero del Bierzo.

«En Fabero y en los pueblos próximos deberían de tomarse en serio la crisis del carbón y pensar en otras formas de trabajo sin esperar a que sea demasiado tarde. Hay cosas que ya podemos ir haciendo. Podrían pensar en explotaciones de árboles: en poblar de pinos las tierras que antes daban poco y mal centeno, y en plantar castaños en las tierras un poco mejores. (...). Esto, al comienzo y como fórmula puente entre el trabajo en la industria minera y un nuevo sistema de subsistencia, que evite la emigración. Porque va a producirse un nuevo reflujó de las ciudades y las zonas industriales al campo, de donde salieron los trabajadores que están ya siendo desplazados de las industrias; ya no se puede seguir manteniendo la ficción de que los puestos de trabajo destruidos por las “nuevas tecnologías”, al implicar un verdadero aumento de la producción, conllevan la creación de más puestos en otras ramas de la producción o de los servicios.»

No sólo esto. En la «Carta a cualquier militante de Izquierda Unida» y en el escrito «Bases teóricas para el programa de un partido de izquierdas», vuelve a insistirse en cómo, hoy, la tarea de un partido de izquierdas genuino tiene que ser la defensa de la paz, la profundización de la democracia y, sobre todo, el esclarecimiento de las ideas de los trabajadores y de todo hombre honrado, sobre la base del estudio científico del capitalismo, impulsando para ello la formación de grupos de reflexión que se vayan extendiendo como manchas de aceite.

.«Los dirigentes de IU tienen que saber más que los capitalistas, tienen que estar en el límite del conocimiento de lo que hacen los capitalistas, tienen que verlas venir. Eso es posible: hay que averiguar cuáles son las tendencias que van apareciendo en el sistema capitalista; hay que conocer el funcionamiento de la economía capitalista. No podemos crear un partido político que pretenda cambiar la sociedad en el futuro leyendo los periódicos; no puede ser.»

« Los partidos de izquierda tienen que hacerse conscientes de la servidumbre en que viven los hombres. Es un grave deber moral y lógico-objetivo la elaboración de un conocimiento que refleje las condiciones reales de avasallamiento en que viven los ciudadanos, así como darles argumentos para que sepan oponerse a las avalanchas informativas y para que constituyan una cosmovisión (o visión del mundo) propia, que guíe su acción; y hay que conseguirlo renovando la ciencia, el arte, la literatura y los contenidos de los actuales medios audiovisuales.»

«Es necesario crear grupos de reflexión, formados por compañeros de trabajo, de aficiones, del barrio, etc., que a la vez sean estímulo y cauce del conocimiento, como objetivo y como liberador. Estos grupos pueden iniciarse ya en la escuela. Pero raramente serán “creadores” de conocimiento, sino, antes bien, iniciadores y estimuladores en orden a dar sentido a los conocimientos que reúnan dos condiciones básicas: la objetividad lógica y metodológica; y una rigurosa moralidad.»

Pero hay que hacerlo teniendo bien claro que el principal obstáculo a superar es «El analfabetismo y sus condicionantes sociales y económicos», y

el recurso básico para lograrlo, la dialéctica de la «Práctica de la democracia y el desarrollo intelectual».

«Éste es el grave, gravísimo, problema moral del analfabeto (y de quienes lograron que lo fuera): un hombre inmerso en un mundo de signos -el lenguaje escrito- y de cifras, en el que se expresa nuestra cultura tecnificada, que está fuera de su alcance y del de tantos hombres expulsados de nuestros campos, donde se las arreglaban bastante bien sin saber leer ni escribir, y lanzados de lleno a un mundo en el que es imposible orientarse sin el dominio del lenguaje escrito.»

.....

«Cualquier observador desinteresado que -en el ejercicio de la democracia- presencie una reunión de personas con intereses comunes preocupadas por hallar soluciones realistas (objetivas) y eficaces para ponerlas en práctica, advertirá enseguida cómo surgen a la liza dos o tres opiniones distintas, y a veces hasta contradictorias en apariencia. Advertirá también cómo algunos de los reunidos toman posición franca a favor de una u otra opinión, y cómo otros inician de una manera titubeante el esfuerzo de integrar en un pensamiento, nuevamente formulado, lo que haya de valioso y objetivo en las opiniones emitidas al principio, hasta configurar un pensamiento vigoroso a partir de su integración. Cuando este pensamiento es asimilado de nuevo por todos los presentes y lo adoptan como propio, cada uno de los reunidos se ha superado a sí mismo gracias a los otros, y se ha elevado a un nivel superior de comprensión de la realidad. Éste es el resultado del ejercicio de la democracia real, directa y vivida.»

RAFAEL JEREZ MIR.

Madrid, 15 de febrero de 2012